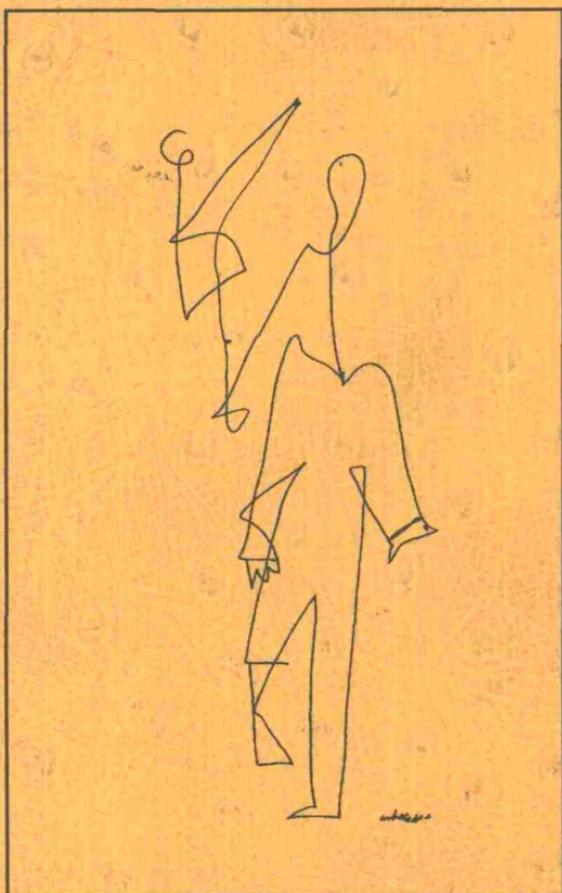


Migrantes



GERMÁN PINTOR



ITESO

EL ESPÍRITU VIVIFICA

INDEX

1. Introduction

2. Chapter 1

3. Chapter 2

4. Chapter 3

5. Chapter 4

6. Chapter 5

7. Chapter 6

8. Chapter 7

9. Chapter 8

10. Chapter 9

11. Chapter 10

12. Chapter 11

13. Chapter 12

14. Chapter 13

15. Chapter 14

16. Chapter 15

17. Chapter 16

18. Chapter 17

19. Chapter 18

20. Chapter 19

21. Chapter 20

22. Chapter 21

23. Chapter 22

24. Chapter 23

25. Chapter 24

26. Chapter 25

27. Chapter 26

28. Chapter 27

29. Chapter 28

30. Chapter 29

31. Chapter 30

32. Chapter 31

33. Chapter 32

34. Chapter 33

35. Chapter 34

36. Chapter 35

37. Chapter 36

38. Chapter 37

39. Chapter 38

40. Chapter 39

41. Chapter 40

42. Chapter 41

43. Chapter 42

44. Chapter 43

45. Chapter 44

46. Chapter 45

47. Chapter 46

48. Chapter 47

49. Chapter 48

50. Chapter 49

51. Chapter 50

52. Chapter 51

53. Chapter 52

54. Chapter 53

55. Chapter 54

56. Chapter 55

57. Chapter 56

58. Chapter 57

59. Chapter 58

60. Chapter 59

61. Chapter 60

62. Chapter 61

63. Chapter 62

64. Chapter 63

65. Chapter 64

66. Chapter 65

67. Chapter 66

68. Chapter 67

69. Chapter 68

70. Chapter 69

71. Chapter 70

72. Chapter 71

73. Chapter 72

74. Chapter 73

75. Chapter 74

76. Chapter 75

77. Chapter 76

78. Chapter 77

79. Chapter 78

80. Chapter 79

81. Chapter 80

82. Chapter 81

83. Chapter 82

84. Chapter 83

85. Chapter 84

86. Chapter 85

87. Chapter 86

88. Chapter 87

89. Chapter 88

90. Chapter 89

91. Chapter 90

92. Chapter 91

93. Chapter 92

94. Chapter 93

95. Chapter 94

96. Chapter 95

97. Chapter 96

98. Chapter 97

99. Chapter 98

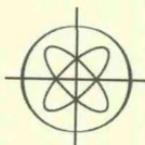
100. Chapter 99

101. Chapter 100

Migrantes



GERMÁN PINTOR



ITESO
EL ESPÍRITU VIVIFICA

Dibujo de portada:
Arturo Verduzco

La presentación y disposición de *Migrantes* son propiedad del editor. Aparte de los usos legales relacionados con la investigación, el estudio privado, la crítica o la reseña, esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, en español o cualquier otro idioma, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, inventado o por inventar, sin el permiso expreso, previo y por escrito del editor.

D.R. © 2001, Instituto Tecnológico y de
Estudios Superiores de Occidente (ITESO)
Periférico Sur Manuel Gómez Morín 8585,
Tlaquepaque, Jalisco, México, C.P. 45090.

Impreso y hecho en México
Printed and made in Mexico

ISBN 968-5087-37-7

.....

Presentación

Toda novela es un viaje. El lector se instala detrás de la página con la certeza de que su inmovilidad lo llevará lejos, tan lejos como la imaginación del autor lo transporte. La acción de pasar de un renglón a otro para establecerse en las frases por un tiempo finito es un pequeño periplo. El ojo camina sin prisa por los párrafos y se detiene cuando una palabra le despierta emociones o ideas. Si la lectura es placentera, el viaje se convierte en migración: vuelve al libro periódicamente, como las golondrinas.

La novela es cada vez menos una invención. Carlos Fuentes advirtió en los novelistas un retorno a la raíz poética de la literatura: ya no hace falta armar intrigas ni psicologías truculentas. Si la novela del siglo XIX apuntó hacia la descripción del mundo, y la del XX socavó el interior del hombre, el boleto con el que ahora viaja tiene como destino la plenitud de la voz.

La segunda novela de Germán Pintor navega entre ríos. Tiene la pretensión de las novelas universales: narra la historia de la tierra, del autoexilio, está escrita con el habla diáfana del pueblo, es un anfibio que se mueve entre la narrativa y la poesía.

Migrantes es una novela para leerse en voz alta. El narrador no nos dice cómo son los personajes, por eso tenemos que oírlos, imaginar sus voces, convertirnos en el

interlocutor, en los protagonistas, ser el fraile, el emigrado, la mujer que espera, el campesino en su labor. No podemos darnos el lujo de tener mal oído, porque nos perderíamos en la historia. El escritor ha decidido que todo un pueblo se exprese; por eso, tan pronto hablamos con el acento del conquistador español, que con el del vehemente enamorado. Estamos ante una galería de retratos sin rostros, en una audioteca donde no se permite cerrar los ojos, porque la magia desaparece. El orquestador debe preguntarle a un tal *Pedro Páramo* cómo se cita a los fantasmas o irse caminando despacio por *La feria*, con los oídos listos y la pluma rápida, atento a la multitud fónica de todos los que hablan. La diversidad de tonos es importante en las novelas polifónicas.

Germán Pintor se arroja al ruedo embistiendo a dos Juanes grandes: Rulfo y Arreola. Corre el riesgo de ser arrollado por el ímpetu que ellos le imprimieron a la literatura jalisciense. La lección de Rulfo caló hondo en el estilo de Pintor. La segunda cátedra la dictó Arreola. No está de más anotar los datos: *Pedro Páramo*, 1955, novela de estructura caleidoscópica a decir de Saúl Yurkievich, pieza magistral en la que los personajes, el tiempo y el espacio se van dando por sí mismos, sin necesidad de anuncio. *La feria*, 1963, novela fragmentaria, en la que las voces de un sinnúmero de personajes se unen para contar la historia de un mismo pueblo.

Es cierto que *Migrantes* tiene mucho de los dos novelistas. La unión se da en el afán de narrarnos cómo es el pueblo, sin necesidad de escribir el nombre de las calles ni la altura de sus templos. Es la vida en Sayula, las voces de sus fundadores, el trajinar de quienes la habitan, de quienes

la han abandonado, del que la nombra y hasta del que la niega.

Ricardo Piglia afirma que cuando se trabaja con dos historias, hay que entenderse con dos sistemas diferentes de causalidad, y agrega que “los puntos de cruce son el fundamento de la construcción”. ¿Qué podríamos decir cuando un sinnúmero de historias se bifurcan, se entrelazan, se separan, y de esa mixtura surge un solo sentimiento? Sabemos que la función de la literatura no es recoger la historia, ni fundamentar la sociología, pero en *Migrantes* las razones del pasado explican el desolado presente.

En la primera de las tres partes del libro, el virtual lector de *Migrantes* se deja envolver por el efecto de contemporaneidad, ya que el narrador expresa en presente sus preocupaciones, estrategia a la que coadyuva el uso del habla auténtica de la región sur de Jalisco. La ausencia de pirotecnias verbales logra que la lectura sea diáfana. La plenitud del estilo se encuentra en el hallazgo de imágenes. Acerquemos la lente al rostro de Teresa Luna, la silente y fiel mujer del emigrado: “Y se vuelve a encerrar en su mundo de espera porfiada: ya vendrá... Ya va para un año que volvió a irse... Mientras siente el amanecer entre las flores negras de su sevillana...”

El capítulo central entrevera refranes, consejos de viejos, picardías y monsergas. La sabiduría natural del campesino y el instinto animal de los perros que ladran cuando presienten el peligro. Un coro de testigos nos cuenta la muerte sangrienta de Jesús Arciniega, líder agrario de los años setenta, un personaje que hubiera podido ser el principal de la novela, si ésta no se hubiera centrado en los

que se van sino en los que se quedan. Las prostitutas, Martina *La Loca*, Martín Monje de León y otros desvariados monologan, hacen chistes, uno que otro recuerda a *Cantinflas*. Hasta creemos escuchar el rumor de la voz de Juárez, cuando pasó por Sayula.

El primer libro de Germán Pintor, *Nos dejaste la noche*, desarticuló al movimiento cristero ante los ojos de todos. Con perfección de narrador volvió a armar cada secuencia, integrando en un mismo relato la suerte de una región.

Migrantes es la crónica del litigio agrario, del abandono de la tierra que no se posee, de las inaplazables razones del hambre. A pesar de estas afirmaciones, no se trata de una novela pesimista. La tercera parte de la historia se piensa en futuro: "Sueño con poder sembrar aunque sea maíz, frijol y calabaza", nos dice un terco comunero. El coro de voces se une para anunciar la redención.

Una migración se compone de la emigración o salida del país (digamos aquí de la novela) de origen, y la inmigración en el país (entendemos novela) de llegada. Germán Pintor salió de la lectura de Rulfo y de Arreola; revestido con la humedad de la poesía y el amor regional, ahora se encuentra inmigrado en su propio mundo, se ha convertido, gracias al ejercicio de su propia voz, en Pintor original de sus fabulaciones.

Silvia Quezada

*Nosotros, los migrantes, cruzamos las
alambradas de los imposibles...*

A Eva María
Al padre Xavier Gómez Robledo, S.J.
Al padre Salvador Urteaga
A mis hijos:
Andrea Sandina, Germán Galileo y Diego

*A los titiriteros, que han matado en la
entrada...*

Canción infantil española

*Vendrán por ti, por mí, por todos [...],
aquí no se salva ni Dios; los asesinaron.*

*Me llamarán, canción del poeta
español Blas de Otero*

Yo no leo por aprender. Me interesa el estado de ánimo que el libro me va dejando, la resonancia personal que me produce. No persigo las técnicas ni el estilo, sino la conexión con algo que sucedió o que fija una inquietud o una aspiración. Es decir, me apasiona leer en la medida en que la obra establece conmigo un diálogo hondo...

Juan Rulfo

*Desde que el mundo es mundo hemos echado
a andar con el ombligo pegado al espinazo y
agarrándonos del viento con las uñas.*

La fórmula secreta, Juan Rulfo



“POR CORDILLERA ME LOS FUI LLEVANDO...”

Te diremos, con un largo redoble de silencio: “Descansa, Juan, descansa ya; descansa, descansa en paz”.

“Eres, Bernarda Carmina, la mujer del aire, del fuego, del cielo y del viento... Eres la mujer en cuyos brazos quiero morir...”

D.A.P.

“Convécete, Pinzón, yo nunca seré una hembra tuya... Yo estoy predestinada a ser la mujer de otros, siempre...”

B.C.

“E llegamos en bergantines e truximos arcabuces para domeñar a los naturales...”

Voy a partir de ti, de tus delirios y alas rotas... “Algo madura”, dijiste, y maduró tu angustia... “Se me secó la fuente”, dijiste, y tu fuente se convirtió en lagunas de sal y salitre...

Otros te dirán:

Unce las yuntas, aprieta bien las coyundas y vente con nosotros a arar...

Vamos a ganar el paraíso, a llenarnos de claridad.
Vamos a inventar una cordillera, para subir a sus picos
y bajar hasta el mar...
Conquista con nosotros la gloria, y deja ya de llorar...
Nosotros te vamos a consolar...
Vente con nosotros, vale, y vámonos a migrar...

Te irás del Sur, como las aves que murieron antes. Para nunca regresar, como los equipales, las sillas de tule, las pitayas, el tequesquite y los panes de sal...

“Pero lo que más nos jode a nosotros, los que andamos en el Norte, es la soledá”, me dijo mi tío José, el marido de mi tía Julia.

“Tus ojos, por última vez tus ojos: redondos, grandes, negros, como la noche profunda; vivaces, embrujadores; tus ojos...” Ése fue su último pensamiento cuando una ráfaga de metralla le cortó la vida, y quedó en la alambrada, para yacer la mitad en territorio gringo, la otra mitad en territorio mexicano...

Teresa Luna se persigna frente a San Martín de Porres, se cubre con su sevillana y entra al templo.

Oye las primeras golondrinas de la mañana, su alboroto, el ruido de sus alas que baten el aire fresco; siente éste pegar en el cuerpo su vestido negro. Apenas sonrío cuando don Chencho, el panadero, la saluda con su voz ronca, como entre gruñidos...

Y se vuelve a encerrar en su mundo de espera porfiada: “Ya vendrá... Ya va para un año que volvió a irse...” Mientras siente el amanecer entre las flores negras de su sevillana...

“Ya vendrá... Aquí lo aguardo mientras, aunque la boca se me llene de fuegos y me esté secando todos los días; no porque me expriman, sino porque mis jugos se queman sin salir y acabo como mezcal chupado, consumida por dentro y seca por fuera...”

Pero ya vendrá... Me acaba de escribir que viene en diciembre, que lo espere, que él también se está consumiendo por dentro... Yo estoy reventando de espinitas... ¡Ánimas que llegue diciembre!, para tenerlo otros días... darle todo lo que le guardo...”

Comienza la misa. Ocupa, como todos los días, el confesionario.

—Pero, hija, otra vez...

—Usted qué sabe de mis pecados, padre... Mi soledad no es como la suya, usted se la ofrece a Dios, pero en cambio yo...

—Tienes que ser fuerte, Teresa... Reza tres padrenuestros y tres avemarías y vete a tu casa, a cuidar a tus muchos hijos...

—Gracias, padre... Dios lo bendiga...

—Adiós, hija...

Teresa sale del templo después de rezar su penitencia, y se va a su casa. En el camino saluda a los mozos, que toman canela... “Ya vendrá”, piensa en su espera fiel... Y vuelve a esperar, contra toda esperanza...

Sembré y tiré los frutos. Luego tuve que recoger como míos los que sembró otro. He sido mal sembrador...

“Uno, como migrante, busca su mundo y no lo encuentra...

A uno le pisan el orgullo cuando empieza a causar lástimas, a dar lata, a quitarles a otros su tiempo o el bocado...

Uno, como migrante, quisiera regresar, pero no puede. Es como una maldición: ya no puede volver atrás...

Uno quisiera tener su casa, y no la tiene; su gente, y no está; su pueblo, y está lejos...

Uno, como migrante, lleva esa herida con sangre y pus...

Uno, al salir, tiene que dejar sus muertos, sin regresar a llorarles...”

“Por Cordillera nos los fuimos llevando...”

“En Ayuquilla ladran con furor los perros. Parece que presienten otro temblor, como el reciente que destruyó muchos pueblos del Sur. El viento juguetea con los cañizos y los chicalotes... Yo sigo aquí, como tecolote; en vigilia eterna, tratando de expiar mis muchos pecados...”

“... y te amo, y te espero, y te daría todo lo que soy, y moriría por ti, como muero sin ti...”

D.A.P.

“Mueres de soledad y egoísmo, sin poder olvidar tus crímenes, pero no por mí, Pinzón, no te engañes...”

B.C.

—Dicen que en el centro del altar de Soyatlán del Oro está ese metal, que allí se encuentra la veta principal, por eso este pueblo se llama así...

—Abrí mi corazón para regalarlo, todo; primero a una o pocos; después, a más; hoy tengo que regalarlo a pedazos, y darlo a todas, a todos...

“E también los sacamos de su idolatría, para convertirlos a nuestro cristianismo, a la verdadera religión...”

Déjame chupar la miel de tus enigmas y abreviar en ti, árbol frondoso, paraje generoso...

“En este convento de Ayuquilla paso de la consolación más sublime, a la desolación más cruel. Debo sacrificar mi deseo mortificando mi carne con el silicio, y trascender así las cuitas de mis afectos con la oración...”

“En esta infinita soledad, e inacabable tristeza, me faltas tú, para consolarme, Bernarda Carmina... Ven, ya no me abandones...”

D.A.P.

“No insistas más, Pinzón, nunca estaré a tu lado, ese encierro en el que vives es para ti, no para mí...”

B.C.

—Recen por su padre, y pídanle a Dios que crezcan pronto para que lo acompañen y se vayan también al Norte —dice Teresa Luna a sus hijos.

“Todos se fueron, parientes y no parientes, amigos y enemigos, propios y extraños... Solamente quedamos unos pocos frailes en este convento de Ayuquilla...”

“E yo me convertí a la nueva religión y entregué nuestro señorío de Tzaulán al nuevo Reyno de hombres rubios. E así hicieron todos los naturales, por eso respetaron nuestras vidas y hasta posesiones. Me llamo Hernando Cuautoma, antiguo rey de Tzaulán. Perdí mi reinado, pero ganamos nuestra salvación...”

“Nos aprehendieron de madrugada, nos sacaron de nuestras casas y templos con mucha violencia, por órdenes del rey y el papa...”

Martina *La Loca* corta las azaleas de la calle...

Chico Zapote se sabía de memoria el discurso que pronunció el presidente Juárez cuando pasó por Sayula rumbo a Manzanillo...

La señora De la Mora se acuesta con frailes que tienen voto de castidad...

El Negro Pérez tiene tratos con los brujos de Ocotlán...

Así se chanceaban los mozos de Las Palmas.

—¡Ora, cabrones!

—¡Yo te bajo los calzones!

—¡Barbas tengas en los pezones!

—¡A mí me das tres jalones!

—¡A mí me arriscan el cuero!

—¡Del lomo con las espuelas!

—¡Háganme mejor una manuela!

“He perdido a Dios, y ahora te pierdo a ti...”

D.A.P.

“Lo que pasa, Pinzón, es que no te resignas a estar solo, a vivir solo...”

B.C.

Te convertirás en sirena si te bañas los días santos.

No comas aguacate o menudo y luego leche, porque te da dolor.

Lávate la boca después de comulgar.

Respetar a los padres de la iglesia, porque si los ofendes es como ofender a Dios.

A tu hijo le hicieron mal de ojo, mira cómo le llora.

No cenes y te acuestes luego, porque te congestionas.

“Déjenme dormir, soñar y morir; déjenme migrar en paz... En una de mis chacamotas, chocaré contra el mundo, me haré polvo y luz, y en un juego de sombras y espejismos, atravesaré el universo...”

“Ya ando juntando mis pasos”, dijiste, Luis Pintor, en casa de tu hermano Jesús. Luego, unos meses después, te nos fuiste para siempre...

Volverás al Sur temporalmente, como los patos, como las golondrinas, como las aves migratorias. Pero luego tendrás que emprender de nuevo el vuelo, para siempre...

—Les dije: ¡obre Dios! Hay que tener fe, rezarle mucho a la Virgen y decidirse. Aquí nomás nos cruzábamos de brazos y nos hacíamos bolas, pero nadie se animaba a hacer lo que mucha gente: decidirse a salir de la casa, aunque le duela a uno el alma y se le revuelva el estómago de pensar que a lo mejor ya no regresa uno a su tierra, a su jacal...

—Ahora, aunque me rueguen, ya no regreso... Tan pobres somos aquí como allá. Aquí, en la ciudad, siquiera nadie nos conoce...

“Por Cordillera me los seguiré llevando...”

¿Qué hiciste, Juan, en el Instituto Nacional Indigenista tanto tiempo? ¿Por qué negaste siempre a tu pueblo natal, Sayula? Sólo tú lo sabías...

—Los cristeros parecían animales dañeros, saltaban las cercas y se amogotaban para esperar a los federales...

—A tu tía Aurora le fueron cantando *Indita mía* todo el camino al camposanto, por decisión de su marido Roberto Cueto, y ya en el Santuario de Guadalupe se les movió el cajón a los que la cargaban...

—Sin embargo, no hay como la tierra de uno...

—Nosotros salimos en 1928. Yo me fui porque me criminó Heriberto Cueto. Me vio pasar y me dijo: “Ai va otro cristerito con la balsa de pulque. ¡Parecen la pura verdad, ni que no los conociera uno!” Y lo oyó un capitán que andaba de civil, así es que cuando llegué a mi casa de regreso del centro, ya me estaban esperando, y yo les tuve que sacar la vuelta... Nos fuimos Nacha, Genoveva y yo a San Pedro Tlaquepaque...

—No se te olvide pagar la manda que le prometiste a la Virgen de Talpa cuando te estabas muriendo...

Dios ha de derramar sobre España su furor e ira, porque toda ella ha comunicado y participado poco que mucho en las sangrientas riquezas robadas y tan usurpadas y mal habidas, y con tantos estragos y acabamientos de aquellas gentes, si gran penitencia no hiciere, y temo que tarde o nunca lo hará, porque la ceguedad que Dios por nuestros pecados en grandes y chicos [sic], y mayormente en los que presumen y tienen nombre de sabios y pretenden mandar el mundo, por los pecados de ellos, y generalmente de toda ella, aun digo, esta oscuridad de los entendimientos tan reciente, que desde setenta años que ha que comenzaron a escandalizar, robar e matar y extirpar aquellas naciones, no se haya hasta hoy advertido que tantos escándalos e infamias de nuestra fe, tantos robos, tantas injusticias, tantos estragos, tantas matanzas, tantos cautiverios, tantas usurpaciones de estados y señoríos ajenos, y, finalmente tan universales asolaciones y despoblaciones hayan sido pecado y grandísima injusticia.

Bartolomé de las Casas

.....
.....

“NO HEMOS PODIDO RECONCILIAR, NOSOTROS LOS HOMBRES de la iglesia, el secreto del gozo y el gozo del secreto...”

—Yo a ti nunca te voy a dejar. Te irás y me olvidarás, porque no hay de otra, pero yo voy a estar contigo aunque no me vuelvas a ver ni me busques...

—Gracias, Tomás.

—Ojalá que tú no seas de mala cabeza y tengas buen corazón cuando te toque irte... Otros le agarran odio al lugar en que nacieron, se van rezongando, se pasan de ingratos... ¿Qué les hace uno con quedarse? ¡Cuánto más si uno no sale de aquí, a cuidar a los que se quedan, a rezar por los muertos, a velar a los moribundos!

¿Qué les hace su tierra? ¡Ni que estuviera maldita!

—Así las vi al arder, quemaban el horizonte y subían al cielo, revoloteaban de ardor, iluminaban el amanecer con su cuerpo chamuscado... ¡A mí me ardieron las tripas del coraje y me estalló el corazón de puro dolor! ¡Me quemaron las colmenas, las abejas de toda mi vida de trabajo y paciencia y desveladas! ¡Lo que tanto me costó y quise! He comprendido que con toda seguridad se trató de una venganza, de alguna cuenta pendiente que debía...

—La cara les cambia cuando se van...

La cara les cambia cuando regresan...

“En este silencio de Dios te amo y te espero, Bernarda Carmina...”

D.A.P.

“Ya no me busques, Pinzón, y conságrate de a de veras al servicio de Dios, nuestro padre...”

B.C.

“Por las calles del mundo cargo mis penas, grito a los cuatro vientos mi desdicha, recibo burlas y pedradas de la gente sin corazón, de las malas cabezas... A nadie le importan mis desgracias. ‘¡Pelagatos!’, me gritan, y yo no puedo defenderme, y si les contesto, me apedrean; por eso mejor me callo... Pero sí me da coraje. ¿Yo qué les hago? ¿Qué les ha hecho uno? ¡Quién sabe si apedriándome descarguen sus rencores y olviden sus resentimientos!..”

Yo lo único que hago es recoger la basura, y pedir de casa en casa algún trapo viejo, o un taco...

—Ultimadamente, ¿a qué vuelven? ¿Quién les pide que se vayan? ¿Quién les pide que regresen? Nadie... Es la vida la que los lleva y los trái... Si la vida les debe algo, que se lo cobren a la vida; si son más ingratos, que recalen con Dios...

—Yo sentí que tenía que hacerlo, que tarde que temprano alguien tenía que decidirse... Hacía falta una cabeza, un guía, alguien que nos dijera cómo empezar. Al principio todos teníamos miedo... Con lo que yo sabía leer y con lo poco que le fui entendiendo a los papeles, los demás me empujaron para ponerme al frente... “Que quede Jesús Arciniega”, dijeron casi todos cuando se trató de elegir a alguien para la mesa directiva...

—¡Cosas veredes, Martín Monje de León! Mañana o pasado se te sublevarán esos indios que hoy maltratas, para vengar a los que has matado...

—¡Calla, fraile maldito! ¡Yo seré siempre el amo y señor de este y otros lares!

“Así se fueron yendo de Ayuquilla: solos o en parvadas, pero se fueron todos... De día se oía la broza de la muchachada; de noche, los pucheros y suspiros de los que se iban... De día y de noche se nos amontonaron la ausencia, los adioses... Los Camberos, los Machuca, los Anguiano, los Aguilar... Todos se fueron, como que los corrió el volcán con su tembladera, o la plaga de los chapulines cuando taparon el cielo, o los corrieron los ríos y arroyos cuando salieron a recorrer los pueblos...

—¡Cómo queríamos tener ojos para ver lo que nos contaban otros cuando venían a visitarnos! Queríamos tener imaginación para guardar las cosas que nos contaban... Eran noches como las que nos pasábamos junto al radio de bulbos, o como las horas cuando nos contaban cuentos y nos acurrucábamos en las naguas de la abuelita... Que

las carreteras, que los semáforos, que los jardines de rosas, que los grandes edificios... ¡Hasta nos enseñaban los boletos de los camiones que se tienen que agarrar para andar de un lado a otro!

“Bernarda Carmina, ¿por qué me has abandonado?”

Tuyo: D.A.P.

“Yo nunca te he abandonado, Pinzón, tú siempre has estado solo...”

B.C.

Te diremos, Rulfo, a la manera de Jaime Sabines: “¡Padre mío, despierta!”

“Sin casa y sin mundo, dormimos donde nos agarra la noche, acurrucados en el nido de nuestros recuerdos... Refugiados en la oscuridad de nuestros remordimientos... Escondemos nuestro dolor para que el cuerpo aguante los nuevos golpes de la vida... ¿Cómo no va a darle a uno pena el no tener a quién contarle sus cosas, con quién echar una platicada de vez en cuando?”

—Las bolsas y los monederos de las abuelitas son mágicos: siempre tienen lo que los nietos les piden: caramelos, globos, regalos, ilusiones... Algunos centavos...

—Ayuquilla está en una cumbre, y hay que llegar dando vueltas y vueltas a las más altas montañas... Es la expresión más elevada del Eje Neovolcánico... Las paredes de las casas son como las de Tenamaxtlán, de mampostería, con

ladrillos que parecen tejidos como huaraches. Pero en Ayuquilla las casas están abandonadas, y las habitan solamente las ánimas que deben algo. A mi convento llega su rumor, y en la noche se escucha el tropel de caballos desbocados, espueleados por jinetes fantasmales...

“No me involucres en tus crisis de fe, Pinzón, arregla tus cuentas con Dios y deja de buscarme...”

B.C.

—Aquí en Sayula, el barrio más unido ha sido siempre el de San Miguel, pero tiene la tradición de ser el más pendenciero. Antes eran famosos los pleitos a machetazos a guarache pisado entre los arribeños de San Miguel y los abajeños de San Lucas...

—El profesor Barrón ya ni comulga ni se confiesa ni va a misa ni reza en los novenarios. Ha de ser masón...

“Cerca de Tonila fue el juramento de los cristeros. Antes, en Tonaya, se levantó en armas don Jacinto Cortina, contra el usurpador de Huerta. Los pueblos del Sur son luchadores desde siempre, pero no hay que olvidar que los cristeros de Los Altos eran muy aguerridos. Por esos lugares bajaban los carretones llenos de guachos, con todo y el tiro de gracia...”

—Allá nadie te conocerá, no creas que se acuerdan mucho de nosotros... Lo que sí es que no salimos debiendo nada, ni dinero ni aperos ni yuntas, mucho menos la vida de algún cristiano...

—Es que hay muchos que sí se enamoran de su tierra, por eso les duele tanto dejarla... Otros nomás esperan la oportunidad de deshacerse de su parcela para largarse lejos... Son unos ingratos y convenencieros...

“Por eso debemos vivir con resignación, con la resignación del crucificado, con la quietud que se le ve en el santo sudario...”

—¡Frailes hipócritas y putañeros!

—¡Calla, Pinzón blasfemo!

—Desde que me leyeron las cartas de la baraja supe que iba a sufrir mucho con esa mujer, por eso me la paso navegando por ella...

—Entonces nos juntamos todos los de El Tacamo, a escondidas, y pusimos de encabezado a Jesús Arciniega para peliar las tierras... Andábamos en las noches, como tecolotes, entre el miedo de unos y la desconfianza de muchos...

—Si les hicieran caso a los papeles, ¡todo esto que se ve sería de nosotros! ¡Hasta allá, hasta donde alcanza la vista y no se miran los lienzos! ¡Hasta la playa seca de Sayula nos hubieran repartido!

—Has de ser nagual, tú, robándote los apastes de masa y las ollas llenas de comida, a deshoras de la noche...

—¡Tuvieron el descaro de contarlo y de presumir las armas que le quitaron! A él lo martirizaron mucho, lo hicieron sufrir de más. Nosotros lo encontramos hasta el tercer día... Ya olía feo, descompuesto como estaba... Lo encontramos castrado...

—Nos apeñuscamos en el curato, esperando que pasaran los temblores. Lloraban los niños, los grandes nos hincábamos con los brazos en cruz, y estornudábamos con la polvareda que armaban las casas al caer...

—Chilo Campos Aguilar, ése soy yo, el mentado Chilo Campos, a sus órdenes. Ya les han de haber contado de mí, ya nos han de conocer por referencias a mí, al *Ronco* y a Mundo Rodríguez, el *Agüelo*. ¡Nos hemos metido en cada relajo, que ya por todos estos rumbos nos han de enseñar las cruces! ¡Ah, pero eso sí, póngannos frente a un arado o un desmonte, échennos una canasta pizcadora y una botella, y a ver quién nos para! ¡Ni quién nos vea el polvo! ¿Edá tú, *Agüelo*?

—No, pos está bien dicho, pa' que le quitamos o le ponemos, mejor así le dejamos; y si no se puede más, nos regresamos, o como quien dice, nos arrendamos, si no, nos arrejuntamos... ¿Está claro, Chilo?

—¡Qué bueno que vienes a verme, muchacho, tú sí eres de buen corazón, por eso te he querido siempre! Acércate, porque no te distingo, ya debe estar oscureciendo... Pero no me vayas a cobrar después la visita, como el padre de Tonila, que buscaba viejitas para que le dejaran sus casas, agradecidas con las atenciones del

padrecito... ¡No te creas, es broma! ¿Quieres un panecito? Está un poco duro, pero te va a gustar, son semitas y polvorones... Leche no te ofrezco, porque no me han traído... ¡Cómetelo, hijo, no le tengas asco, yo ni lo he probado! ¿Y cuándo te vuelves a ir?

—¡Y ora, ¿qué pulga te picó?!

—Ya ves, a veces le da a uno por acordarse de su gente...

—¡Pásale!, siéntate, ¿qué me cuentas? ¿Cómo les ha ido por allá?

—Regular, tía... Apenas nos acomodamos mis hermanos y yo; mi jefe sigue sin chamba...

—Sí, pos así están las cosas en todos lados... ¿Y ustedes a qué le entraron?

—Yo ando de mandadero, Roberto está en una colchona y Juanjo reparte dulces en las tiendas...

En un carretón te llevaron las cosas al cruce de San Gabriel. El pecho te quería estallar en un ojo de agua, en un remolino de llanto... Pero tragaste tus sentimientos para no poner el mal ejemplo, para que los otros no se deshicieran en lágrimas... Con el rebozo desgastado te cubriste de los latigazos del viento...

Por fin un troquero se compadeció y se acomodó a cargarte los tiliches y a tus hijos; escondías los recuerdos que arrancaste como retoños para que no quedara rastro de la yerba mala que fue tu familia durante tantos años de hacerle la lucha a tu pueblo...

“Nos llevaron por Cordillera...”

Los nuevos territorios y los rayos del sol ante tus ojos y tus pies como llamaradas de esperanza, como repiques de función. Como promesas por cumplirse, y albricias de tu nueva vida, y regalos para curarte de tus males...

—Como dicen en Tamazula: “Aquí si no le soplas, te lleva la tiznada...”

Jesús Arciniega pidió que lo oyeran para leerles en voz alta una buena noticia de por el rumbo:

—¡Consuélense! ¡Si a nosotros no se nos ha hecho, a otros vales ya les resolvieron! ¡Paren las orejas!: “Mediante una resolución presidencial publicada ya en el Diario Oficial de la Federación, el gobierno de la república ha beneficiado a 128 campesinos del poblado de La Huerta con una dotación de 4,164 hectáreas, por lo que ahora su ejecución queda a cargo de la Secretaría de la Reforma Agraria, en forma inmediata, a los campesinos beneficiados del poblado de La Concepción (La Concha), municipio de La Huerta...”

“Por escrito de 28 de febrero de 1923, vecinos del poblado de que se trata solicitaron al gobernador del estado dotación de tierras, por carecer de las indispensables para satisfacer sus necesidades económicas. Posteriormente, con fecha del 28 de febrero de 1937, los campesinos del mismo poblado solicitaron nuevamente dotación de tierras, pero los trabajos técnicos informativos arrojaron como conclusión que no había tierras afectables en el radio de siete kilómetros que marca la ley, para los 180 capacitados en materia agraria del censo levantado por el Departamento Agrario...”

“Luego, por escrito de 12 de junio de 1939, los señores Eladio, Luis, Roberto, Leopoldo y Graciela Sauza Muro, y Margarita Muro viuda de Sauza, solicitaron la declaratoria de inafectabilidad ganadera por el término de 25 años, para una superficie de 7,164 hectáreas de agostadero; pero el certificado de inafectabilidad, concedido el 7 de febrero de 1940, se derogó el 7 de diciembre de 1960...

“Así las cosas, la superficie afectada, que aparecía como propiedad del matrimonio formado por don J. Jesús Landeros Amezola y su esposa María Dolores Ochoa de Landeros, y de sus hijos Ricardo, Luis, Jorge, Guillermo, Alejandro, Fernando Landeros Ochoa, supuestamente había sido fraccionada. Sin embargo, esa operación fue nulificada por haberse realizado en fecha posterior a la solicitud de dotación de los campesinos de La Concepción o La Concha...”

—¿Qué les parece? —interpeló Jesús Arciniega.

—¡Pos si les ejecutan la resolución, ya fregaron! —dijo el secretario.

—Y si no, van a fregar, pero a su pobre madre —dijo don Matías.

—Oye, tú, ¿esos Sauza afectados no son los tequileros? —preguntó José Salomé.

—¡Sepa, pue' que que sí sean los mismos! Los de hasta el último yo crioque son los Ronderos, los que estuvieron luego en el banco ése que dizque daba créditos a los campesinos del estado —concluyó Sergio René.

“Al alba, un rumor de silencio inundó la bahía... Y tú no estabas, Bernarda Carmina”.

D.A.P.

“Sí estaba, pero en forma de sirena, Pinzón...”

B.C.

—*Cantinflas* entraba por aquí, por el Zalatón. Le gustaba decir el dicho aquel de “hasta que llovió en Sayula” —contaba doña Micaela Alvarado a sus atentos hijos, en su huerta vecina del Zalatón...

—Que ni Roma ni Castilla sepan de tus andanzas, Martín, no el Martín bastardo de Hernán y Marina, sino tú, Martín Monje de León, maldecido de brujos y naguales, envidia de caudillos sin pueblos y de reyes sin señoríos. Martín el encomendero, vasallo pero no esclavo, súbdito pero no servil, dueño de tus propias ambiciones, rey y alfil de tu propia partida de ajedrez...

—Teresa Luna, canción de cuna, cuento de hadas, virgen al casar con José el Mocho, madre con obligaciones de petate y metate desde los 17 años...

—Don Fello era malo para los negocios: un día se le ocurrió llevar a vender cocos a Colima; compró un circo y le crecieron los enanos...

—Saliste del Sur creyendo que el Norte sería mejor... Eso llevabas en la mente cuando tomaste el tren que te dejaría a las puertas de tu nueva vida... Eso les dijiste a tu esposa y a tus hijos, para convencerlos... De eso comenzaste a dudar cuando te fuiste al Norte. La mancha blanca de los campos de algodón se fundió con la naranja de sangre que era el sol al esconderse. El valle de los yaquis

estaba a tus pies. Saludaste el manto inmenso con tu espalda y cintura adoloridas, y con tu cuenta de kilos de algodón apretada contra el corazón, en la bolsa de la camisa de cuadros grises y azules... ¡Por fin se te había hecho estar en las pizcas de Sonora!

“Bernarda Carmina: muero por ti, muero de ti, muero sin ti...”

D.A.P.

“No te engañes, Pinzón, mueres de ti, por egoísmo... Busca a Dios, que no a mí; ¡arrodíllate, véncete, humíllate, encuentra en tu soledad al crucificado!..”

B.C.

—Cuando quiso amogotarse Jesús, ya lo esperaban. Eran muchos...

—A Francisco, Chico, de El Tacamo, lo mataron junto al mercado de Tapalpa. Fue tiempo después de que asesinaran a Jesús Arciniega...

—¿Que qué querían? ¡Todo el monte, con el llano y las veredas! ¡Casi casi con todo y animales! ¿Que quién los encabezaba? ¡El güero barbón ese, el cabresto de Jesús Arciniega!

—¡Y de puntada les dije: “¡Pos ámonos quedando a vivir aquí, en un mesón o en una vecindad, o donde se pueda, y si nos quedamos a vivir, pos ni modo, ya nos tocaba hacernos de la ciudá!” ¡Y así fue! Luego ya no nos dieron

pa' las comisiones, hasta habladas nos echaban en las juntas de solicitantes, "que los mantenga el gobierno" nos decían, que no se qué y no sé cuanto, hasta que nos sacaron el coraje y mejor nos quedamos mi compadre y yo acomodiéndonos a hacer algo, en ratos de cargadores, en ratos de mandaderos, y luego nos hicimos de este cuartito, aquí junto a la ladrillera de don Mundo y don Delfino Anguiano, y el caso es que nos quedamos... ¡En ratos nos cargaba la chintola de hambre!, pero no había de otra, teníamos que juntar dinerito pa' traernos a la familia...

—¡Amá, el *Agüelo* les vio los calzones a las muchachas de la doctrina!

—¡Condernado muchacho! ¿Es cierto?

—No es cierto, jefa, cerraron las piernas y no se los dejaron ver.

—¡Descarado!

—¡Nosotros éramos de por ai de El Chivatito, y nos juntamos con otros en el Departamento Agrario, que dizque a ver si así, juntándonos de muchos lados, presionábamos más y nos hacían caso... ¡Mentiras! ¡Puras ilusiones! ¡Siempre se nos adelantaba el rico y al puro saludar les untaban un billete a los de las oficinas, así cómo nos iban a hacer caso a nosotros!..

Los malhechores quisieron que no se les oyera el resuello, que no les temblara el pulso, que Dios y todos los santos les dieran puntería...

—¡Eh, madre mía de Talpa, son muchos! Los perros comenzaron a gruñir, dispuestos a revolcarse en defensa de sus amos. Los ojos les brillaban en la oscuridad. Parecía que tenían el diablo metido. “En tus manos me encomiendo, madre mía”, decía Jesús Arciniega, el líder de los campesinos de El Tacamo, en sus últimos rezos...

—Esta bandera de los cristeros era ondeada al grito de ¡Dios, patria y libertad!, y está llena de sangre y lágrimas —decía don Luis Sandoval Godoy a una inquieta investigadora, en las oficinas de él en Garibaldi, en el corazón de Guadalajara...

En los sembradíos de El Sáiste se oían las habladurías de los mozos:

—¡A mí los frijoles me avientan!

—¿Y la leche no?

—Me sacan un susto...

—De las chichis arrastrando.

—¡Me dan miedo!

—De cabeza...

—¡No jalen que descobijan!

—Adentro.

—De tu centro.

—¡Damián!

—Largo...

—¡Ya pues, cabrones, no sean tan hocicones!

—¡Yo te bajo los calzones!

“De la podredumbre nacerá lo bello. Y de la podredumbre que ha sido mi vida resurgiré yo aunque Ayuquilla se muera de soledad y abandono. Hoy vivo aquí, en este

encierro perpetuo, en este desfilarse sin fin de cuitas y obsesiones, en este soliloquio atormentado. En este recrear de tiempos idos y glorias pasadas...”

“A veces, en mi desamor, pienso en ti aunque no lo quiera, y vuelves en imágenes revolcadas de pasado y ansiedad, pero luego abro los ojos y no estás, te esfumas, te escurres, te escapas, y sigo solo...”

D.A.P.

“Y solo seguirás eternamente, Pinzón, comprende, yo seré siempre una quimera inalcanzable para ti...”

B.C.

—Nos decidimos a echar caña y entrar en tratos con el ingenio, creídos de que nos íbamos a hacer ricos... Nunca nos imaginamos que nos quedaríamos casi en la calle, y ya mero hasta sin la tierra... Los del ingenio son una bola de abusivos y tramposos...

—Ai tienes a la viuda de Jesús Arciniega, que fue tan buena que recogió a los entenados del difunto; es de esas gentes de las que ya se ven pocas...

En Ayuquilla los caminos claman buches de agua del cielo, que nunca llegan, mientras el viento mueve las hojas de los pelillos y arrastra granjenos, mezquites, pajosos y leños viejos...

Los pocos hombres que quedan se disponen a batirse con la naturaleza y arar las parcelas que no son de

agostadero... A lo lejos divisan a muchos otros que se van para siempre...

—Es una punzada, como piquete de punta de maguey... Tiemblas, te arrepientes de lo que hiciste y no hiciste, se te va el sueño, te vas secando... La cara se te restira y te duelen el sol, el frío, los días y las noches... Yo no sé si las crías sufren así cuando las apartan de la madre, o si así sufren los que enviudan... Éste es el dolor cuando uno se queda solo, sin un amor...

—Cuando tembló, aquí en Ayuquilla, muchos creyeron que era un pueblo maldito; el cura dijo que vivían en pecado mortal todos los que habían quedado bajo las ruinas...

—¡Aquí en mi puesto ningún otro cabrón tiene de qué quejarse, y por lo mismo nadie se me va sin pagar su cerveza! ¡Soy la única del pueblo que se las sirve bien fría, los decilitros de alcohol completos y las botanas del mero día! ¡Yo soy y seré siempre la mera reina del mero centro de Sayula, condenados!..

Martín Monje de León encomendó a Dios sus pensamientos y acciones. Recorrió las cuentas de su camándula, apretó los aparejos de su mula y salió a recorrer caminos y pueblos que el virrey le daba en reconocimiento de su fidelidad y servicios a la Corona. Así surgieron los llamados “pueblos de Martín Monje”...

Había que llenar de cruces y mojoneras todo el territorio...

—Los únicos rincones que eran sagrados e intocables: el lugar del templo, el fundo legal del pueblo y el campo-santo. El resto ya tenía dueño a partir de que Martín Monje posara sus plantas en su camino hacia la gloria...

Dicen que en el Norte *El Polla* tiene otra familia...

“Ando esculcando los últimos rincones de mi tristeza para arrancarte de una vez por todas, antes de que me hagas más daño. Y no sé en qué momento se me ocurrió decirte que te quedaras... Te prendiste de mí como el malojo a los mezquites, como las pitajayas a los órganos...

Te tuve que dejar ir porque nunca quisiste que nos casáramos para vivir como Dios manda y no como los animales...

Sin ti, Bernarda Carmina, destilo las gotas de mi propio dolor...”

D.A.P.

—Agarraron un comal y lo aventaron contra las piedras, por eso las calles de Zapotlán están tan chuecas, porque las construyeron tomando como plano los tepalcates que quedaron...

—Es que su anterior marido no le daba buen vida, diario andaba moretiada, pinta de los brazos y de la cara, así eran los leñazos que le arrimaba...

—Se largó al Norte debiendo mucho, ya no le fiaban en ningún lado, tenía deudas por todas partes...

—Era como si se despanzurrara una piñata, todos se fueron por diferentes rumbos: unos a la costa, Colima, Melaque, Puerto Vallarta, o al Norte, o a los trabajos de Ciudad Guzmán y Guadalajara, o a las pizcas de Sonora y Sinaloa... La migración se dio por muchos rumbos y territorios...

—Fiado, te agarro el mundo —decía don Fernando Ramírez, que en paz descanse...

—¡Imagínate la vida que llevarán allá en el Norte, sólo Dios sabe cómo viven y lo que hacen!.. De seguro tienen hasta otra familia, y aquí ni quién se dé cuenta... Pero en fin, ojos que no ven...

—Don Paco de la Torre se hizo industrial después de acabarse el bosque; puso una aceitera y dejó a sus hijos trabajando los aserraderos...

Leovigildo Soto juntó a sus hombres en lo más alto del monte y les dijo:

—Si se llega a saber, no nos harán nada, ya están de acuerdo los rurales y la judicial... Al contrario, ellos también les tienen ganas desde hace mucho...

—Ese día nos reunimos para ir a las güilotas, aquí mismo, en El Tacamo, y luego en Coatlancillos; andábamos muy quitados de la pena, sin imaginarnos lo que Leovigildo y sus matones le harían a Jesús Arciniega...

—No te vayas a rajar, Gumersindo. Mañana paso temprano por ti, hazte de cuenta que fuéramos a bajar del monte a los animales. Encomiéndate a Dios y pídele a la Virgen que todo salga bien...

—El difunto le tiró y le pegó a José Soto en defensa propia...

Volverás al Sur, a juntar tus pasos...

Volverás al Sur, para que tus huesos por fin descansen en sagrado...

Regresarás al Sur, porque si aquí pocos te quisieron, en el Norte nunca te conoció nadie ni te tomó en cuenta...

...Que el Sur no sepa lo que sufriste en el Norte...

Que en el Norte te recuerden como quisiste ser, no como eras...

“Tu sombra errante en los desiertos del Norte...”

Esa mañana del verano se unieron los campesinos de El Tacamo y El Chivatito con los comuneros de Soyatlán del Oro para reclamar las tierras tantas veces negadas. Marcharon del Palacio de Gobierno a la Secretaría de la Reforma Agraria en Guadalajara. Junto al templo Expiatorio se presentaron los judiciales y se llevaron a Octavio Escalante para torturarlo.

Campesinos y comuneros, encabezados por Jesús Arciniega, se refugiaron en el templo Expiatorio y fueron recibidos generosamente por el padre obispo Miguel González Ibarra, antiguo cura de Sayula y Atengo. Rondaban el templo José Rodríguez, de Sayula, y los

judiciales. Adentro, uno de los Camacho, también de Sayula, tapizaba unos muebles.

Don Miguel González Ibarra repartió limosna y les dio de comer a quienes habían acudido en su auxilio, como dar migajas a los pichones. Muchos compañeros solidarios de Guadalajara se hicieron presentes, con discreción, en el templo. Por la noche salieron campesinos y comuneros en camiones a sus lugares de origen.

Jesús Arciniega rezó mucho en el Expiatorio y dio gracias al fundador de Pueblito Aparte, de Sayula, cuando ésta se inundó: al padre González Ibarra.

Mucho tiempo después, Octavio Escalante así lo recuerda...

Quiso llevarse en sus recuerdos el valle que no volvería a ver nunca. La tercera era la vencida: primero salió de joven a trabajar, luego cargó con la familia cuando la tierra se cansó de dar olotes casi pelones; ahora, para tratar de curarse. El verde esmeralda de los alfalfares se juntó con lo renegrado de las hojas de milpa abonada y el blanquear de los lirios de las cañadas... Se llenó el pecho y los pulmones con bocanadas de aire fresco; por un momento se le olvidó el olor a tabaco de sus dientes percutidos...

Contempló el jugueteo de las chuparrosas y las torcazas. Sonrió: "El corazón me avisa que ésta será la última vez que me llevan con vida. Aunque no me lo quieran decir, pronto regresarán con mi cuerpo. Quiero meterme mi tierra muy adentro, para que me dé valor a la hora de rendir cuentas..." Con las venas saltadas de su puño se limpió una lágrima.

Las campanas enmudecieron. Los cristianos se arrinconaron en los corrales, como las gallinas y los patos, momentos antes de los temblores...

—Ésos de la costa tienen todo, ¿qué les falta? ¿A qué se vienen a sufrir a otra parte?

—De aquí se fueron las misiones por todo el Norte; para no ir muy lejos, la de fray Juan Larios, que fundó La Laguna, en Coahuila...

—Los pioneros solicitantes de tierra se juntaron en ca' tío Chano, en pleno chapil de hoja... Allí redactaron los primeros oficios para el Departamento Agrario...

—Es que Jesús Arciniega tomó muy en serio su papel de encabezado; el que se mete a redentor, acaba crucificado...

—¡Si al doctor del ISSSTE lo mataron en el centro y a plena luz del día, imagínate qué no le podía pasar a ese pobre en el cerro, sin que nadie se diera cuenta...

Tiros maldiciones gritos aullidos de los perros tiros sangre tiros... Cae así Jesús Arciniega...

—Pasaron tendiendo la vía, que dizque para comunicar a Guadalajara con Manzanillo. Ocuparon mucha gente de todos estos lugares, aunque sólo por un tiempo...

Así le gritaban a don Cande, *El Tacuache*:

“*Tacuachito*, cola pelada,
dame a tu hermana
y no te hago nada”.

—Venían para acá las garzas todavía, se revolvían con los sitios y las gallaretas. Se juntaban con los patos y las güilotas. Habitaban en paz la laguna seca, la playa...

—Las muchachas del colegio Jalisco ¡nomás veían una escoba con pantalones y se alborotaban! Así eran las colegialas sayulenses...

—Amontonaron las mazorcas y las calabazas. Apilaban canastas pizcadoras y rozaderas... Sólo se quedaron los veladores, viendo sacudirse las olas del río, moverse al besar las aguas iluminadas. Comenzaron a aullar los coyotes, desafiaban los ladridos desorientados de los perros...

—A mi hijo Felipe, una banda le cortó la mano derecha adelantito de Chicago, pero, ¿sabes qué?, ya puede escribir con la izquierda —me dijo Magdalena Aranda, del barrio de San Lucas...

... y tu aventura tenía una meta más lejana: cruzar la frontera... ¿Cómo? Aguantando el hambre, quitándote el bocado, resignándote a sufrir entre extraños...

Chole Montes puso la cruz, la corona de flores, las piedras y el rosario en el lugar donde encontraron el cuerpo...

A lo lejos comenzaron a inquietarse los coyotes...

Murmurando entre los rebozos, las mujeres empezaron a rezar el rosario: "En el nombre del Padre, del Hijo, y del Espíritu Santo..." "Amén", contestó un coro de voces golpeadas por el llanto.

Los grillos arreciaban su canto. Jiloteaban ya las milpas. Era el mes de septiembre. "R.I.P. Jesús Arciniega. 21/9/76", decía la cruz...

Leovigildo y sus hombres no se volvieron a parar en mucho tiempo. Se fueron a Los Amoles a vivir. Ni a las fiestas del rancho volvían. Se corrió la voz de que los andaban buscando, pero no faltó quien los viera por los mismos lugares, tan quitados de la pena...

Un padre joven se acomió a unirlos, a decirles que eran otros los que trataban de dividirlos... No lo entendieron. A las mujeres se les iba calentando la cabeza y metieron sus malos pensamientos a sus maridos...

Todos se desparramaron, pero como chacales que son, se juntan todavía a ver qué maldad hacen...

—Se llevaron a los presos en cuerda, como a los cristeros... Unos se acordaban bien de la otra vez, y por el camino comenzaron a rezar; creían que de ésa no se salvaban...

—Aquí ni la precaución tuvieron de pintarse la cara con carbón, como en otros lados. Para qué, si todos los conocíamos rete bien, y ellos a nosotros... Además, al finado Jesús Arciniega lo agarraron solo en su labor...

Por el camino de Zapotlán llegaron los húngaros, leían las manos y se llevaban gallinas y pollos; ilusionaban señoritas quedadas y las sacaban de su resignación a vestir santos...

Por la vereda que llega de Juanacatlán y va a La Lagunilla entran los mozos. Unos en burro, otros arrastran los pies, dejan sus huellas en el barro... Tienen que llegar a la casa del patrón a esperar la raya. Andan con los cuerpos calientes de todo el día de fatiga, con ganas de echarse un trago antes de llegar a sus casas a rendir cuentas a su mujer y a descansar para amanecer contentos el día domingo...

Al cruzar el río seco de Ayuquilla hay un casco de hacienda. De los cuartos quedan los adobes caídos. En los rincones se han amontonado los años, la basura y las travesuras de los niños, que todavía se esconden para hacer sus cosas e imaginan que alguien los va a ver algún día hacer sus necesidades...

Hay yugos rotos, otates quebrados, marcos de puertas apolillados, crujientes...

—Aquí no habrá mayorazgos —dijo Martín Monje—. Toda la tierra será mía, y yo sabré cómo la heredo.

“¿Qué será mejor, aguantar a los cabrestos de los mozos, o las deudas de los medieros?” se preguntaba el patrón...

—Al tal Guadalupe Virgen ni lo quiero mentar, ¿quién va a creer que existe? ¿Quién me creerá que así se llamaba? Parece que vive todavía, arrumbado, golpeado

por la vida, abandonado... Luchó como nadie por las tierras de los comuneros de Soyatlán del Oro...

“Cual suertes que me hicieron recibir heredad, recibo de V.M. Carlos V, nuestro rey, los legajos que dan fe de los territorios de mi propiedad, los naturales que el último repartimiento ha puesto a mis plantas, y las cabezas de ganado a las cuales pondré mi fierro...

Estos pueblos son de Martín Monje de León... Son de mi propiedad, por recompensa divina y de S.M. el Rey...

Por mis combates en Zacatula y mi fidelidad a don Hernando Cortés y a su primo don Fernando Cortés, he sido premiado por Ordenanza real. Vivo con holgura en Tenamaxtlán, en mi encomienda, poblando villas nuevas...

He mandado herrar indios y mostrencos, el renqueo de mi caballo me conmueve más que los gritos de los naturales...”

—Tenamaxtlán viene de *tenamaxtli*, que son las tres piedras de un fogón... Soyatlán quiere decir ‘lugar de palmas’...

—Martín Monje entregaba las mayordomías a los más dóciles de los naturales...

*Obtuve un buen lugar en la otra fila junto a
los emigrantes expulsados de la posteridad y
ésta es la historia...*

José Emilio Pacheco

.....

“AQUÍ OIGO PISAR LOS PASOS QUE CRUZAN LOS PORTALES, el tropel de la chiquillada que va a misa, el cruzar de la historia de este pueblo vivo. Soy Chicho, el ciego...”

“Me he querido pegar a la tierra como sanguijuela, sueño con poder sembrar aunque sea maíz, frijol y calabaza, y lucho por ello: soy un comunero terco...”

¡A esos de Zapotlán les pasa cada cosa! ¡El otro día se desbarrancó una vaca desde una de las lomas y fue a caer en el techo de una casa! ¡Los fulanos salieron entre gritos de su vivienda, creían que los había aplastado el mundo!

La vaca cayó en uno de los cuartos, de milagro ya no había nadie dormido a esas horas...

—¿Qué hacemos, tú? —preguntó uno.

—No, pos yo digo que hay que ir a dar parte a la Presidencia —propuso la señora...

Y así lo hicieron. Levantaron un acta en la que se quejaban:

“De los atropellos que intempestivamente provocó un cuadrúpedo en el techo del inmueble, contra quien resulte responsable del hecho denunciado y puesto en autos...”

Después aparecieron los dueños de la vaca, una vez que identificaron el fierro “los quejosos y agraviados con el acto irracional de la res”. Y cuando los mandó llamar la autoridad, acudieron dos muchachos al tercer citatorio. Llegaron asustados...

—Es evidente —dijo el secretario del ministerio público— que las partes deben llegar a un arreglo ante el inusitado cuanto desgraciado accidente que aquí ha sido denunciado...

—¿Qué partes quedarán éstos? —le preguntó un vaquero al otro muchacho—. ¿El cuero? ¿La cornamenta? ¿El menudo? ¡De mensos se los dejamos! ¿Luego qué cuentas le damos al patrón?

—¿Qué reclaman los quejosos? —preguntó el secretario.

—Pos que nos paguen los daños —contestó uno de los agraviados.

—¿O sea?

—El techo, una cama; la bacinica de barro no, porque ya estaba sentida del asiento...

—Cabe hacer notar el espíritu conciliatorio y accesorio a la transacción de los de la voz —apuntó el secretario.

Y así constó en el acta correspondiente.

Martín Monje dirigió sus pasos a la herrería. Ofreció las obras de ese día a santo Santiago. Se encomendó a la Virgen de los Remedios. Espueleó al pinto, acomodó la silla con gallardía. El pendón de Castilla pronto se desplegaría glorioso, como otrora en manos de Mío Cid. El rey sabría que Martín Monje cabalgaba hasta el amanecer,

para ampliar los horizontes del reino, contra bestias 70 veces siete más diabólicas que los moros...

Traza en cruz casas consistoriales, parroquia y curato; plaza de armas y alameda, con el escudo de la España victoriosa. Así se fundaron los pueblos de Martín Monje...

Llegaremos hasta el Puerto de la Navidad a embarcar oro y plata; esperamos cabezas de ganado, cañones y arcabuces; vino de consagrar y barriles de pólvora; paños, seda, calzas, más frailes y herramientas para las ferrerías...

“Nadie vendrá... Mi soledad será perpetua en este convento...”

—A los curas de la cristiada se los llevaban amarrados para luego fusilarlos...

—¿Cómo quieres, Martín Monje, que con sangre fría y sin que me exalte bendiga vuestros crímenes? ¿Por qué me lo pides? ¡Ved vuestro escudo de armas! ¿No te quitan el sueño los muertos que dejas al paso? ¡Jesús, Martín Monje de León! ¡Quítate de mi vista, matador de indios, castrador de mancebos!

¡Ved, Martín Monje, la campiña que vos teñiste de sangre de naturales y regaste con lágrimas de huérfanos! ¡Ved vuestro señorío fincado sobre podredumbre y miseria! ¡Sobre vísceras humanas y estiércol de garañones que cabalgaron cargando vuestra saña!

“Te hablo a ti, Bernarda Carmina... ¿Qué no me oyes? ¿Estoy hablando solo, gritándote como en un desierto?”
D.A.P.

Esto dijo el padre Miguel González Ibarra a sus feligreses de Atengo:

—Yo voy a hablarles claro, como en otro tiempo lo hicieron los evangelizadores, hermanos míos: el que traiga su diezmo ganado con el sudor de su frente, que cumpla con la conciencia tranquila de dar la parte de su cosecha al Señor. Así, al oír una predicación como ésta, se convirtió el padre Bartolomé de las Casas. Quien haya ganado su donativo robando a otros, abusando de ellos, no es digno de pisar este templo; aquí no caben ni ladrones ni mercaderes. El que robe a sus mozos, cuamileros o medieros, mejor que se regrese a su casa y que con su pan se coma las ganancias de tan oprobiosa explotación...

—¡Idos, Martín Monje, a responder ante el Consejo de Indias por vuestros abusos contra natura!

¡Arrepentíos, ingrato, que la excomuni3n pesa sobre tu conciencia como la horca en el cuello!

Pero Martín Monje de León nunca regresó a España, ni se arrepinti3, ni desagradi3 a nadie. l, el h3roe ep3nimo, mulo de Cort3s, de Olid, de Guzm3n y valos, h3roe de Colima y Zacatula, a qu3 carajos deb3a su gloria si no a su valent3a? Sermones y comuniones eran una monserga! Aqu3, en su vejez, arrepentimientos y buenas intenciones no val3an!..

Pensaba: “Si no me respetan por mis hechos de armas, que me teman y odien por mis crímenes. Por las buenas o por las malas, hablará por mí la historia. Que me odien o que me amen, ¿qué hace la diferencia? Sabrán de mí en la tierra y en la gloria, moros y cristianos...”

“E así dixo Martín Monje de León: Que marcaran los indios cual ganado. Que envenenaran el Río Ameca e que acabaran todos los indios de Quila e quitáranles las tierras dellos...

Que sembraran trigo y algodón...

Que con mampostería adornaran muros, e que también adoquinaran las calles...

Que amarraran del pescuezo a las indias que non produjeran cría y las tiraran lejos...”

Descansa, Juan, de tus ojos de tecolote
y ojos de lechuza
y horas de insomnio
y días de soledad
y campanadas de réquiem
y crujidos de zaguán
y ánimas rondando el portal...

Me estoy quedando solo, arrumbado como tiliche viejo; se me echarán encima otras épocas, otros días, otros años, y aquí me moriré, de viejo. También los frailes, mis hermanos, acabarán por irse...

Te diremos:

—Ven, recárgate en nuestro pecho, cuéntanos tus penas, háblanos de tus padecimientos, dinos las mentiras que a otros les contaste y las verdades que nunca dijiste, te creemos, qué bueno que regresaste, aquí descansarás a gusto, acá descansarás en paz...

Te diremos:

—Ven, siéntate en la piedra de la esquina, tómate tu refresco con tu decilitro de alcohol como hace mucho, escupe en el polvo de tu infancia, dale con la misma fuerza a las canicas, haz chillar los trompos y llorar a los perros con tus ligazos de cáscara de naranja...

Te diremos:

—Ven, date las mismas chacamotas de siempre, róbate las limas y las granadas, no les eches el maíz a los pollos ni agua a los patos, escóndete cuando quieran pegarte, estira tus manos tiesas para recibir los primeros fajazos...

—Ven, recárgate en el tronco viejo del árbol que tumbaron, suspírale al cielo y a las nubes que eran limpios, pateas en las yerbas y el zacate que crecen entre las piedras, acuclíllate en la banqueta, acuérdate de los anuncios de Ungüento 666 en las esquinas...

—Ven, huele sin asco los basureros, reposa en los tuyos tu cuerpo, levántate adolorido de tus achaques y duérmete en paz, que las ánimas sueltas ya no te hablarán de noche ni te seguirán donde vayas. Ya no te irás. Te seguirán en tu desvelo de asma de fumador empedernido, en tus carraspeos y escupitajos, y al llegar el alba te dejarán dormir, tranquilas porque ya no te irás...

—Ven, acuérdate de tus serenatas y borracheras, ¿quién te puede reprochar algo? Galopa en el caballo de tu desenfreno, arranca los guacos de otros alebrestados, recorre tu barrio y otros barrios con el mariachi, que murmuren las novias de otros y las señoritas quedadas...

Te esperaremos todos juntos a la entrada del pueblo como a un hijo ausente; te ayudaremos con tu equipaje. Te recibiremos con abrazos y nostalgias, con ganas de que ya no te vayas...

Aguardaremos en el crucero, te chulearemos tus botas relucientes y tus camisas vaqueras, hijo pródigo, muchacho de los mil demonios, aventurero sin fin...

Te diremos:

—Ven, suspira otra vez, no importa que tus antiguas novias estén todas casadas y tengan hijos que no sean tuyos ni se parezcan a ti...

—Ven, ánclate en tus aguas y tus tierras, echa a volar el alma mientras reposa tu cuerpo, cierra los ojos para vislumbrar los parajes, las veredas, para conjurar tu nostalgia y el universo que dejaste hace tanto tiempo...

Con el tercer golpe de la daga, el viento azotando los caminos de la encrucijada, el indio en vilo, recargando su agonía en el contrafuerte del convento, rasga con sus alaridos el silencio de la madrugada, y de pronto esa mirada tras el ventanal, jirones al viento, y ese Cristo desgarrado, esas llagas, las lanzadas, tu mano pegostiada de vísceras, el aire que sacude los algodones de los pochotes, las parotas agitadas, y esa mirada, tan intensa

como las gotas de sangre achicalada del Señor de Amula, que carcome los cimientos de tu fortaleza interna... La última súplica del indio te hizo recular, Dionisio. "Vade retro", creíste oír las palabras arrancadas de las entrañas vacías del cuerpo pegado a la cruz. Te sentiste Satanás...

El caballo arrancó desbocado. Leguas adentro, cruzó el llano, lo acicateaste, tensaste la rienda y arañaste con tus espuelas sus ijares, la fiebre encendida, el indio tu daga los gritos el Cristo de Amula el Cristo...

"A ti también te asesinaron, por esos tajos de tu costado te desgajaron el Cristo el ventanal el viento la sangre del indio su agonía tu temblor esa mirada las manos que cubren su vientre el Cristo el Cristo el Cristo..."

Salieron los frailes, asustados, a curar al moribundo... En tu oración del viernes de Dolores lo recordaste momento a momento, lamento a lamento... "Porque yo no vine a traer la paz, sino la espada..."

—Está en tus manos, Señor, lo medio mató Dionisio. Sánale el cuerpo, ¿de qué te sirve un alma destrozada? Cuando lo recuerdas, lloras, se hace presente tu galope desenfrenado, tu huida de perro del mal, tu cuarentena de apestado en el convento, ese cuerpo llagado, colgado de la Cruz...

"Ya el Señor te ha perdonado, Dionisio", te dijeron. "El Señor de Amula te invita a pasar al convento para que expíes tus pecados y pagues tu culpa".

Piensas: “¿Por qué tú no heriste a los que te crucificaron?
¿Por qué los perdonaste?”

Así te convertiste, Dionisio...

“Penando por ti eternamente, me despido de ti... Asumo que en la soledad de este convento nunca estarás a mi lado, Bernarda Carmina. Está bien, tú ganas. Sólo que no tienes ningún derecho a pedirme que te olvide, si te me metiste en el tuétano, en las venas, en el corazón... Te dejo libre de mí, Bernarda Carmina, mujer del aire, del mar, del cielo, del fuego y del viento, que no de la tierra...

TUYO SIEMPRE: Dionisio Arias Pinzón, el Pinzón, tu Pinzón... (D.A.P.)”

“Qué bueno que asumes tu soledad y que te resignas a no tenerme, Pinzón... Te juro por el Señor de Amula, tu Señor y mi Señor, que también te extraño, y que no sé qué haré sin ti...

TUYA SIEMPRE: Bernarda Carmina Coutiño, *La Caponera* (B.C.)”

Se lee así en la *Enciclopedia* de Espasa-Calpe:

“POR CORDILLERA. Se dice del modo de conducir algún reo, entregándose al juez [...] del tránsito, con un pliego dirigido a la autoridad competente... éste [juez] da recibo al conductor y hace llegar al preso a la autoridad competente; éste otro [juez] da recibo al conductor y hace llegar al preso al otro [juez] inmediato, y así hasta su destino...”

Así, seguramente, se llevaron a los jesuitas de la Nueva España a su destierro, en 1767... Y esto lo sabía con certeza Juan Rulfo, y por alguna razón lo calló tanto tiempo...

Te diremos: ¡Migra, migrante, tuyo es el mundo!.. ¡Y el universo!..

FIN

P.S. “Y siempre cuéntaselo al más pequeño; y siempre empieza por el más pequeño...”

Migrantes

se terminó de imprimir en agosto de 2001
en los talleres de Editorial Conexión Gráfica,
Libertad 1471, C.P. 44100,
Guadalajara, Jalisco, México.

La edición, que consta de 500 ejemplares,
estuvo a cargo de la Oficina
de Difusión de la Producción
Académica del ITESO.

.....

Para Germán Pintor los migrantes son aquellos que cruzan las alambradas de los imposibles, los que buscan su mundo y no lo encuentran, los que quisieran regresar pero no pueden.

Migrantes es una novela para leerse en voz alta, es una obra escrita con el uso del habla diáfana del pueblo, es un anfibio que se mueve entre la narrativa y la poesía. En ella, Germán Pintor narra la vida en Sayula, las voces de sus fundadores, el trajinar de quienes la habitan. El lector encontrará la crónica del litigio agrario, del abandono de la tierra que no se posee y de las inaplazables razones del hambre.

Germán Pintor (Sayula, Jalisco, 1956) publicó en 1991 *Nos dejaste la noche* (Ágata/Ayuntamiento de Guadalajara). Fue organizador del Premio Nacional de Cuento Juan Rulfo de 1986 a 1997 y coordinador del taller literario Xavier Gómez Robledo del ITESO entre 1992 y 1997.

